

Véronique Chalmet
La infancia
de los dictadores

Pol Pot, Amin Dada, Stalin, Gadafi,
Hitler, Franco, Mao, Mussolini,
Sadam Husein y Bokassa

gedisa

LA INFANCIA DE LOS DICTADORES

POL POT, AMIN DADA, STALIN, GADAFI, HITLER, FRANCO, MAO, MUSSOLINI, SADAM HUSEIN Y BOKASSA

VÉRONIQUE CHALMET

Título original en francés:
L'enfance des dictateurs

© Éditions Prisma, 2013

© De la traducción: Heber Ostro

Corrección: Marta Beltrán Bahón
Diseño de cubierta: Enric Jardí

Primera edición: octubre, 2019, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Avenida del Tibidabo, 12 (3º)
08022 Barcelona, España
Tel. (+34) 93 253 09 04

Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

Preimpresión: Moelmo, S.C.P.
www.moelmo.com

eISBN: 978-84-17835-31-6

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

PREFACIO

Los diez personajes que analiza este libro definieron en gran parte los trazos de nuestro mundo. Hitler, Stalin o Mao demostraron, en el peor sentido, que un solo hombre puede modificar la historia del mundo, desplazar las fronteras, deportar o diezmar poblaciones hasta el punto de cambiar la fisonomía de países enteros. ¿Por qué diablos existen hombres de esta calaña? ¿En qué momento se transformaron en tiranos? ¿Acaso no fueron en algún momento niños inocentes? ¿Qué tipo de sufrimiento pudo engendrar a estos hombres brutales, asesinos, insensibles? Los padres de los jóvenes Stalin y Hitler los golpeaban salvajemente, pero todos los niños maltratados no se transforman en asesinos. Amin Dada vio cómo la bruja de su madre preparaba pócimas basadas en fetos, pero todos los hijos de criminales no pierden absolutamente el sentido de la compasión. Pol Pot vivió experiencias sexuales traumáticas durante su adolescencia en el harén del rey de Camboya, pero no todos los niños abusados buscan vengarse con un pueblo entero... No, más allá de lo que hayan vivido durante sus primeros años, nada justifica sus futuros crímenes. El destacado trabajo de Véronique Chalmet —una síntesis original basada en investigaciones inéditas—, nos muestra que todos llegaron a edad adulta llenos de frustraciones y fisuras psicológicas, desequilibrados, incapaces de entablar relaciones humanas normales. Un día, estos «fracasados sociales» se toparon con una situación histórica excepcional, una crisis de civilización, una guerra, una revolución. Así, en una alquimia imprevisible, la embriaguez de la omnipotencia se apoderó

de esas almas atormentadas. Para ellos, la moral ordinaria había dejado de regir...

Las diez infancias de dictadores que Véronique Chalmet explora en esta obra dan miedo, porque todo lo que vivieron en sus años de formación, todo lo que sintieron nos resulta en realidad familiar: se trata de sentimientos humanos, miedos, ira y frustraciones que, después de todo, nos resultan cercanos. Estos sujetos son de nuestra misma especie. ¿Cómo podríamos protegernos de ellos?

Jean-Pierre Vrignaud
Responsable editorial de *Ça m'intéresse Histoire*

1. POL POT

Un halo dorado coronaba Prek Sbauv, un pueblo habitado por unas quince familias, al borde del río Sen, en el noreste de Camboya. Algunas barcazas de pesca ya habían abandonado la orilla para subir hacia el lago Tonlé Sap, donde abundaba el pez gato. Cuando pasaron delante de la casa de pilotes más grande, ubicada en la orilla decorada con buganvillas exuberantes, los pescadores escucharon unos gemidos prolongados. Un hombre vestido de negro, el *kru'u* (brujo) del pueblo, se dirigía de prisa hacia la casa de la que provenían los gritos. Detrás de él, una matrona que haría de partera llevaba una cesta llena de sábanas, incienso y velas, todo destinado a calmar los ánimos.

La esposa de Phem Saloth estaba a punto de parir a su octavo hijo.

Saloth Sar, el «Blanco», así llamado por su semblante pálido heredado de sus ancestros chinos, nació en marzo de 1925, un año situado bajo el signo del búfalo. Tal como se acostumbraba, la madre inscribió su nombre en una de las paredes de la casa y predijo: «Mi hijo será como este animal: perseverante y organizado. Inspirará confianza en los demás, pero no tendrá piedad para vengarse si se siente traicionado...». Un rasgo de la personalidad que, cincuenta años después, se transformaría en un delirio paranoico cuando Sar, devenido Pol Pot, fuera el jefe de los Jermes rojos —un déspota obsesionado por los complots y las traiciones, responsable de más de dos millones de muertes—.

Entre dos mundos

Por el momento, el recién nacido cuyo destino aún no estaba escrito, era tranquilo y colmaba a su madre de esperanza. Antes de su nacimiento, otros tres hijos habían muerto siendo muy pequeños, dos niños y una niña. Sok Nem sentía más nostalgia que tristeza; para los budistas jemeres la vida de aquí abajo es sólo una etapa de una larga procesión de encarnaciones sucesivas. Las almas de los muertos habitan el mundo invisible, que los camboyanos desde muy jóvenes aprenden a temer y honrar. La más importante de estas entidades es *Neak Ta*, el ancestro fundador del pueblo o la aldea, el primero que labró la tierra para cultivarla y fundar allí la comunidad. Saloth Sar apenas había aprendido a caminar y ya debía hacer ofrendas de frutas y agua perfumada para esa deidad tutelar, así como a sus propios ancestros, y se inclinaba con temor delante de sus restos conservados en la *stupa* (túmulo) erigida detrás de su casa. Sok Nem era una mujer piadosa, muy respetada en su comunidad, que procuraba que sus hijos fueran fieles a sus raíces étnicas y espirituales. Le inculcó a Saloth Sar, al igual que a sus cuatro hermanos y a su hermana, un amor incondicional por su tierra natal, el *srok*, una conquista de los campesinos a la naturaleza. Pero también los crió con leyendas atemorizantes sobre los poderes oscuros que dominaban el bosque... y sobre las tribus ancestrales y guerreras que se habían instalado allí.

Los primeros años de Sar se sucedieron entonces colmados de un éxtasis infantil, mezcla de terror y fascinación, entre la perspectiva domesticada de los arrozales y la sombra primordial de la jungla.

Siempre conservó un profundo respeto por esas dos facetas de su identidad nacional: la fuerza campesina y la preponderancia de la agricultura en la construcción del país, pero también por los orígenes «salvajes» y fantásticos del pueblo jemer. Es más, las primeras rondas de propaganda de los Jemeres rojos se realizaron en el corazón de

los bosques... A los veinte años, Saloth Sar eligió el pseudónimo «Jemer Daeum», que significa el «Jemer ancestral». En 1970, cuando ya era el líder principal del Partido Comunista de Kampuchea (CPK), se rodeó de una guardia personal de setenta guerreros provenientes de una tribu de las montañas del norte, hombres de roble famosos por su ferocidad y su obediencia a cualquier costo. Pol Pot, alias Saloth Sar, los apreciaba muy especialmente, dado que recordaba haber aprendido él mismo, desde su más tierna infancia, el valor de una disciplina implacable...

En ese comienzo de siglo xx, la educación jemer se apoyaba en el miedo a la sanción y el respeto por una jerarquía tácita pero inamovible: a partir de los cinco o seis años, los niños debían someterse a la voluntad de los mayores, privilegiando a los notables de su comunidad: los monjes budistas y los educadores. Estos últimos empleaban y abusaban de los castigos corporales cuando no se les hacía caso o las lecciones no eran aprendidas de la mejor manera: palazos, humillaciones, golpes de puño y patadas eran moneda corriente. Sin embargo, a aquellos que se ocupaban del alimento y la instrucción se les tenía una gratitud desmedida. No se estimulaba ni la reflexión personal ni la discusión. Prevalcían los supuestos, y el niño jemer debía aprender a adivinar y ejecutar la voluntad de los adultos sin que fuera ni siquiera necesario formularle órdenes directas. ¡Lo ideal era anticiparse a los deseos de los jefes! Una «pedagogía» perniciosa que, en períodos de crisis personal o colectiva, favorecía la paranoia y enturbiaba los códigos morales... Esta adhesión pseudovoluntaria y absoluta a la autoridad sería además explotada al extremo por los Jemeres rojos, lo cual derivó en asesinatos y delaciones en todos los niveles.

Los padres del joven Sar respetaban la norma de esa severidad tradicional. Golpeaban a sus hijos, les enseñaban que expresar sus emociones era intolerablemente impudoroso. Saloth Neap, el joven hermano de Saloth Sar que nació un año y medio después que él, afirmó que nunca había

visto a sus padres enojados. Ninguna manifestación de humor, tampoco risas a carcajadas: «Nuestro padre a veces sonreía, pero nunca hacía bromas. Era muy calmo. Mi madre era como él, y se entendían perfectamente». A los niños no les toleraban ningún tipo de desborde. En ese sentido, su penúltimo hijo superó las expectativas. Incluso cuando lo corregían, era raro verlo llorar. Sar nunca se quejaba y tenía una mirada inquisidora sobre los demás, imperturbable y seguro de sí mismo. Su hermano menor afirmó que Sar se mostraba siempre «gentil» pero también «dominador». Estos dos hermanos eran inseparables, dado que eran los de edades más cercanas. Al igual que sus hermanos mayores, Sar cuidaba a Neap y orientaba sus juegos. Sin embargo, su rol fraterno no explicaba el malestar que sentía el menor: «Nadie podía saber lo que él pensaba. Nadie hubiera podido adivinar sus intenciones».¹ A pesar de todo, Neap admiraba a su impenetrable hermano mayor y lo seguía en sus largos paseos tutelados por la jungla. Los dos niños se divertían siguiendo las pistas de los elefantes salvajes, que en ciertas ocasiones pasaban por el pueblo camino a la orilla del gran lago donde se refrescaban. Saludaban con gritos de alegría a los hombres que partían a cazar cerdos salvajes, armados con lanzas y montados en búfalos. Pero entre los cuatro y los seis años, los niños debían ayudar a sus familias. «Soy hijo de un campesino. Me acostumbré a participar en los trabajos del campo cuando era niño. Era algo habitual», confesó con orgullo Pol Pot.² Al atardecer, cuando los campesinos abandonaban los arrozales, Sar y Neap se instalaban uno al lado del otro en unas hamacas atadas a los árboles, para mantenerse a salvo de los escorpiones y las serpientes. Poco después, escuchaban a los narradores. Noche tras noche, se dormían cerca del fuego entre historias de brujas, ogros y espectros sanguinarios listos para surgir desde las brumas jemer...

La vía real

Phem Saloth y Sok Nem eran campesinos de buen pasar, algunos los consideraban ricos en base a los criterios locales. Eran dueños de una docena de hectáreas de arrozales y de varios búfalos y convocaban como mano de obra a vecinos menos ricos que ellos para trasplantar el arroz. Los padres de Sar aprovecharon el legado del abuelo paterno, una figura heroica de la familia, que se transformó casi en una leyenda para los nietos que lo veneraban a pesar de no haberlo conocido.

A mediados del siglo xix, el abuelo había vivido el período en el que Vietnam y Siam (futura Tailandia) se disputaban la conquista del reino jemer en decadencia. Al cabo de numerosos combates signados por masacres y saqueos, vietnamitas y siameses declararon el fin de las hostilidades. Cada bando conservó las provincias camboyanas anexadas, pero ambos mantuvieron sus ambiciones sobre el resto del territorio. Con el objetivo de frenar el previsible desmantelamiento de su país, el rey jemer Ang Duong, aconsejado por Monseñor Miche, vicario apostólico en Camboya, decidió solicitar en 1853 la intervención de Francia. Pero lo que Camboya ganó en seguridad lo perdió en libertad. Diez años más tarde Norodom I, el hijo del monarca, aceptó el protectorado y firmó un acuerdo que progresivamente debía integrar a Camboya a la Indochina francesa. En esos tiempos, el abuelo de Saloth Sar se había refugiado en los bosques para escapar de los invasores. Había sobrevivido a la hambruna y a los asesinatos. Más tarde, de regreso en su aldea, había logrado cultivar su parcela de tierra a pesar del caos imperante. Con el correr de los años, acumuló tierras y se transformó en un notable de Prek Sbauv. El siete de marzo de 1885, el intrépido abuelo integró la revuelta contra los colonizadores franceses, pero fue asesinado en una emboscada, justo frente a la casa familiar, en la orilla opuesta del río.

Phem Saloth, que había visto morir a su padre delante de sus ojos, narraba ese final con mucho orgullo y un heroísmo que derramaba sobre las generaciones siguientes: pa-

ra recompensar la lealtad del patriarca, el gobernador de la provincia, un ferviente realista, había introducido a la familia en la corte. Cheng, la tía paterna de Sar, ingresó al servicio del rey Sisowath y su hija, Meak, pasó a ser una de las concubinas del príncipe heredero Monivong a fines de los años 1930. Rápidamente, Meak le dio un hijo —el Príncipe Kossarak— y obtuvo el grado de *Khun Preah Moneang Bopha Norleak* (el equivalente jemer de *lady*) y accedió al rango privilegiado de favorita del futuro rey. Considerada una de las mujeres más importantes de palacio, presentó a Roeung, la hermana de Sar, que por entonces tenía dieciséis años, a Monivong, que aceptó integrarla también a su gineceo.

Las jóvenes primas se integraron así a la elite camboyana, pasaron sin transición de los arrozales a los salones palaciegos, compartiendo la misma cama real... Monivong instaló a Roeung en una residencia estupenda, la cubrió de joyas, le obsequió pieles y un automóvil. Suong, el hermano mayor de Sar, se integró como funcionario en la corte del rey, allí conoció y luego se casó con una bailarina del Ballet real. En 1934, Sar fue enviado a estudiar a Phnom Penh; Neap lo acompañó poco tiempo después. Los dos jóvenes fueron admitidos en la pagoda Wat Botum Vaddei, cercana al palacio.

«Viví seis años en la pagoda. Y fui monje durante dos años. ¡Usted es la primera persona a la que le cuento mi biografía!», declaró Pol Pot con su sonrisa habitual en 1978, en una entrevista para la televisión yugoslava. La «biografía» en cuestión evidentemente era una fantasía: como acostumbraba, el déspota reescribió la historia para exaltar su imagen de patriota. En realidad, Sar nunca fue monje. Sólo pasó unos meses en Wat Botum para seguir la educación tradicional. Acogido como novicio, aprendió a leer y escribir en lengua jemer y las bases del budismo. Los códigos sociales y la cortesía eran allí principios fundamentales. El monasterio representaba una verdadera ciudad dentro de la ciudad, y propiciaba la adaptación cultural y política:

el objetivo era educar a los futuros ciudadanos para que aprendieran a mantenerse en su lugar y obedecer. El novicio vestido de color carmesí se formaba allí en las reglas de la vida en colectividad, debía aceptar sin protestar los suplicios domésticos más ingratos, servir a los monjes, rezar, aprender a comportarse correctamente y con moderación, soportar todo sin rebelarse jamás... Sar no fue un alumno brillante, estudiaba por obligación y sin curiosidad ni aplicación excesiva. En cambio, la disciplina le convenía maravillosamente. No tanto para plegarse a ella, ¡sino para utilizarla en su propio beneficio! Se destacaba en el manejo de las apariencias, exhibía una sonrisa digna de la más intensa beatitud, imitaba perfectamente la cadencia tranquila de los monjes. Así, pasó a formar parte de los alumnos mejor considerados. Sar descubrió con mucho interés esa forma de comunidad en la que la jerarquía, aunque no fuera explícita, estaba rigurosamente organizada. A medida que la comprendía y la integraba, su pensamiento era moldeado por esa noción de autoridad subyacente... *Actuar en las sombras. ¡Conservar el orden sin revelar que uno ocupa la cima de la pirámide!* El futuro Pol Pot tomó de allí la inspiración para establecer su dictadura y sólo reveló públicamente su posición de jefe —en tanto que «hermano n°1»— en 1975, cuando los Jemeres rojos estaban sólidamente instalados en el poder.

En Wat Botum, el joven Sar sólo tuvo un breve panorama de los engranajes que permitían instaurar el orden. Pudo observarlo con mayor detenimiento en la escuela primaria Miche, institución fundada en 1911 por los colonizadores.

Una sonrisa tan agradable

«¡Míreme! ¿Parezco malvado? ¿Parezco violento? ¡Para nada! Tengo la conciencia tranquila, eso lo tengo muy claro», afirmó Pol Pot en 1997. Efectivamente, Sar nunca fue un ca-

marada difícil o temperamental. Inspiraba confianza de entrada y cultivaba esa impresión repitiendo una de las frases preferidas de su madre: «Cuando hacemos algo, tenemos que hacerlo a la perfección». En realidad, esa idea ilustraba perfectamente la ambigüedad que siempre lo acompañó: la perfección según Pol Pot no consistía en hacer las cosas *bien* —noción moral que como quedó demostrado le era ajena— sino en hacer las cosas *hasta las últimas consecuencias*. Jamás negó el genocidio de su propio pueblo, pero simplemente lo calificó como un «error» causado por «la falta de experiencia». El estudiante Sar ya poseía esa terrible frialdad emocional. Ni sus amigos ni su hermano podían recordar alguna exuberancia o algún tipo de desborde: ni fascinación ni tristeza ante el desarrollo de su propia existencia. Años más tarde, Neap confesaría con impotencia: «Era una persona honesta. Se esforzaba en el estudio. Era tan calmado... Me pregunto cómo una persona tan agradable pudo hacerle mal al pueblo camboyano. A menudo me hago esa pregunta...». Menos de un año después de haber ingresado al monasterio, Sar fue admitido en septiembre de 1935 en la escuela Miche, llamada así en homenaje al prelado francés que promovió los acuerdos con Francia. Los negocios de sus padres marchaban muy bien y podían ofrecerle a su hijo una educación privilegiada: muy pocos niños jemeres tenían la posibilidad de escolarizarse.

Sar pasó así del budismo al catolicismo, del jemer al francés. Sus profesores eran vietnamitas o europeos: ¡lo guiaban los enemigos del pasado y los colonizadores del presente! Pero el joven, imperturbable, no dejaba entrever nada de lo que sentía... La escuela Miche era un establecimiento de unos mil alumnos, la mayoría eran vietnamitas y provenían de familias de funcionarios de alto nivel. Luego, seguían los jemeres adinerados con relaciones con el poder real, los hijos de expatriados y algunos chinos enriquecidos gracias al comercio. Esa paleta étnica era un reflejo de la población de Phnom Penh, una capital cosmopolita que compartían distintas comunidades: el barrio francés en el

norte, el jemer al sur, cerca del palacio. Sar vivió primero en casa de su hermano Suong y luego en la de su hermana Roeung. Asistía al espectáculo extraño y perturbador de una realeza en decadencia, cuya política era dictada por Francia, pero cuyo rey seguía siendo tratado por su pueblo como un dios vivo. Transportado en palanquín, adulado, Monivong era el heredero de los reyes de Angkor, último vestigio de una grandeza pasada y de un imperio desaparecido cinco siglos antes, devorado para siempre por la jungla. Cuando era un muchacho, Sar partió en peregrinaje a Angkor Wat, para contemplar el esplendor fenecido y meditar sobre las razones de su desaparición, con la ambición de ser aquel capaz de restaurar algún día el poder y el orgullo perdidos de su nación, purificándola de todo tipo de corrupción... Los sueños de Pol Pot se enraizaban en la mentirosa magnificencia de aquella vida de palacio a la que podía acceder y desde donde podía observar a la dinastía declinante que le inspiraba una mezcla de fascinación visceral y desprecio.

Un jovencito Sar, cuando tenía unos diez años, comprendió en poco tiempo cómo su civilización ancestral había sido destruida por el invasor. Además, en la escuela Miche, los conquistadores de ayer —vietnamitas— le enseñaban la historia de los nuevos amos del país: Sar se fascinó con la Revolución francesa, sobre todo con el Terror. *Las cabezas de los malpensados y los traidores debían ser cortadas... para que al fin emerja una nación gloriosa y unida.* Libertad, igualdad, fraternidad. ¡Estaba todo dicho! El intelecto de Sar por fin se topó con un escollo que despertó su interés. Tal vez también fue en ese momento que nació la voluntad de cumplir una «misión».

Alumno mediocre pero disciplinado, en uniforme —pantalón negro y camisa blanca—, Sar era además un compañero agradable, que hacía olvidar su naturaleza secreta y turbia gracias a la gentileza de su carácter. Al crecer, su carácter seductor se fortaleció, aquel joven amable y cordial pasó a ser también un buen orador —una cualidad aprecia-

da por los jemerres, pueblo de tradición oral—. En cambio, en el frente escolar las cosas no mejoraban: reprobó su certificado de estudios en 1941. Volvió a fracasar en 1942 y obtuvo su diploma con lo justo en 1943, a los dieciocho años. El desfase entre su estatuto de estudiante y su físico de adolescente ya no pasaba desapercibido...

A partir de los trece o catorce años, Sar comenzó a ser especialmente apreciado cuando iba al barrio de las mujeres con la excusa de visitar a miembros de su familia. ¡El harén del rey Monivong siempre lo recibía con mucho afecto! Las jóvenes mujeres eran parte del decorado, su presencia era un signo exterior de soberanía, pero sus funciones eran nulas la mayor parte del tiempo. En 1938, Monivong tenía sesenta años, veinticuatro hijos nacidos de dieciséis esposas y casi la misma cantidad de concubinas. El rey, a pesar de conservar un cierto entusiasmo, empezaba a mostrar algunos signos de cansancio y no lograba contener a todo el mundo. ¡La libido de sus bellezas descuidadas reclamaba un poco de diversión! Los raros elementos masculinos autorizados a ingresar en ese entorno inevitablemente suscitaban deseo. Los eunucos eran regularmente convocados, al igual que los hijos de algunas de ellas; los incestos eran habituales. Los jóvenes como Sar, todavía considerados «niños» por la etiqueta del palacio, eran presas codiciadas. Así, el futuro Pol Pot fue iniciado en la sexualidad por las manos expertas y ansiosas de las más bellas princesas jemerres, entre los brillos de oro y el susurro de la seda, excitado por jadeos furtivos... El acto sexual jamás era totalmente consumado, puesto que las mujeres de Monivong no estaban tan locas como para romper una prohibición que podía constarles el honor e, incluso, la vida. Sin embargo, los juegos masturbatorios eran tolerados. Sar disfrutaba sin contenerse ese goce sin límites que se adaptaba perfectamente a su inalterable frialdad. Sin compromisos, sin afecto, sin pasión. ¡Era perfecto! Así, multiplicó las visitas, hasta que la puerta de ese verde paraíso de los amores «infantiles» le fue definitivamente cerrada. Pol Pot ya viejo lo